

CAPÍTULO CUARTO

Las simpatías físicas.—La raza y la nacionalidad.

SL amor es la más fuerte, la más irresistible, la más fatal de las afinidades químicas; y si el potasio para unirse al oxígeno sabe extraerlo de las entrañas del agua, lo enciende y lo hace arder con llama viva y conflagraciones, figuráos lo que hará un hombre cuando á la primer mirada que dirige á una mujer, siente que ésta es precisamente el átomo con el que debe combinarse necesaria é irresistiblemente para encender la llama de la vida.

No es ya una simple molécula electro-negativa que busca y absorbe á la opuesta molécula electro-positiva, sino que es todo un organismo, todo un microcosmos que atrae á su propio vórtice á otro organismo, á otro microcosmos

para vivir unidos en el cielo de la vida, como allá arriba, en lo alto, viven las estrellas, siempre unidas en un misterioso y eterno casamiento.

Son todas las células de la epidermis y todos los poros de la piel los que buscan las células y los poros del otro organismo; son las vísceras que palpitan, los nervios que vibran, los sentimientos que lloran y sollozan, los pensamientos que se confunden con todas las expresiones del alma y buscan aquellas vísceras, aquellos nervios, aquellos afectos y aquellos pensamientos que la naturaleza hizo hermanos.

No en vano aquel momento fué llamado por los franceses con felicísima expresión: *le coup de foudre*.

Es un rayo aquella fuerza gigantesca que aproxima el hombre y á la mujer para hacer de ellos una sola criatura. Y esta fuerza se llama *simpatía*, en su grado menor; *amor*, un poco más allá y un poco más arriba.

*
* *

Yo detesto á los que predicán constantemente la prudencia, haciéndola consistir en una negación de toda virilidad del cuerpo y del pensamiento; pero también siento la necesidad de repetiros:

¡Desconfiad del rayo!

Acaso me digáis que esto es lo mismo que decir: no creáis en el hambre, no creáis en la sed, no creáis en el sueño.

Los rayos son todos iguales en apariencia, pero en el fondo diferentes entre sí. Algunos son relámpagos inocentes que brillan con mucha luz, que ensordecen con gran ruido de truenos, pero que terminan ahí. Son erupciones instantáneas de los sentidos, y nada más.

Pero hay otros que encienden y arrebatan todo lo que encuentran á su paso. De éstos no hay pararrayos que os salve. Ó muertos ó adormecidos, que es lo mismo que decir electrizados de la cabeza á los pies por aquella fuerza emanada de otro cuerpo que quizás tiene necesidad del nuestro como el nuestro tiene necesidad del suyo.

Podéis razonar, podéis tratar de destruir en el crisol del análisis la nueva pasión. Vosotros pertenecéis ya á otra criatura y ésta pertenece á vosotros, si el rayo, como ocurre con frecuencia, os ha galvanizado recíprocamente.

*
* *

La galvanización amorosa puede ocurrir

también de un modo distinto, esto es, no por fulminación, sino por corrientes suaves, lentas, que no producen chispas, sino una emanación continua.

Primero una ligera simpatía que desflora la piel, después un deseo más profundo, como un anhelo que desde la epidermis invade los músculos, los nervios, las vísceras y va penetrando poco á poco hasta que encuentra algo vivo, deteniéndose, por fin, en la médula de los huesos, porque ya no hay nada más que electrizar.

Teóricamente, este segundo modo de enamoramiento debería ser más tenaz, más duradero que el primero, por aquel axioma de que la intensidad es igual á la extensión; pero en la práctica vemos llegar á un mismo punto á un hombre y á una mujer por fulminación ó por corriente continua. Es cuestión solamente de tiempo, y viájese en un tren rápido ó un tren ómnibus puede llegarse felizmente á la misma estación.

El amor es un mago tan hábil y tan potente, que más de una vez nos hace prisioneros suyos por las dos diversas vías. Primero nos atrae, después nos electriza lentamente, y entonces ya no hay fuerza humana ni divina que pueda

curarnos de nuestra pasión. No somos ya hombres, sino *una cosa*; somos el *perinde ac*



cadaver de los jesuitas; somos un miembro de quien nos ha conquistado.



Conocemos las admirables leyes de las afini-

dades químicas, y seguimos los átomos afines y contrarios que se agrupan bajo el gobierno ordenado de los números. En cambio aquellas otras leyes que aproximan y acercan los corazones y los cuerpos humanos, apenas son adivinadas por quien tiene los ojos hechos para leer en el gran libro de la psicología, donde los caracteres son microscópicos, la escritura es misteriosa y hasta los números de las páginas no son correlativos.

La simpatía debe ser: primero física, después moral, y por último, intelectual, siguiendo la gran vía que conduce de lo menos á lo más, de lo que está fuera á lo que está dentro.

Lo saben hasta los más torpes: los tipos diversos se buscan y se aman. El rubio atrae al moreno y viceversa; las mujeres delgadas y pequeñas agradan á los gigantes y atletas; las naturalezas tiernas y sencillas conmueven á los temperamentos fuertes, y así sucesivamente. Pero hay otras simpatías ocultas y misteriosas donde no se halla la diversidad, y sin embargo, la atracción es grandísima, irresistible.

¡Cuántas veces nos parece un prodigio ver á una mujer fea adorada por un hombre bellissimo y á un hombre horroroso deseado por las mujeres más hermosas! Y una vez vista

tan extraña antítesis, en seguida imaginamos Dios sabe cuántas torpes explicaciones ó viles tráficos de dinero ó de lascivias, siendo así que aquello no es más que un simple hecho de afinidad electiva, cuyas razones escapan á nuestra ignorancia y á la cortedad de nuestra vista.

Mirad á vuestro alrededor y en el breve círculo de vuestros conocimientos hallaréis una porción de estos hechos extraños y sorprendentes. Por mi parte conozco á un joven, bello como él solo, que posee todas las aristocracias: la de la sangre, la del talento y la del dinero, y que indiferente á tantas simpatías como sabe despertar, se ha entusiasmado con una mujer que apenas es mujer, que no es bella, que no es joven, y por otras mil razones es indiferente ó despreciable.

Y sé de otro jovencito perdidamente enamorado de una ruina mujeril, en la que ni siquiera la hiedra piadosa de la coquetería cubre la carcoma y la destrucción; una mujer que es un completo naufragio de toda línea delicada. Pues bien; á esta mujer la ha amado y la ama tanto, que después de haber sido su amante durante muchos años, la ha hecho su esposa, sin que el interés haya entrado para nada en esta unión.

Para vuestra felicidad, para el porvenir de vuestro matrimonio, poco importa que os haya electrizado el rayo ó la corriente continua, pero la simpatía debe existir en vosotros y en ella. Por caridad, por amor de Dios, no lo olvidéis, ni creáis el dicho vulgar que ha producido tantas víctimas:

Casados si todas las condiciones de posición, de nacimiento, de edad, os convienen. El amor vendrá en seguida.

No; el amor no vendrá más que rarísimas veces y por casualidad. Al contrario, vendrá la antipatía recíproca, vendrán las infidelidades, vendrán las falsificaciones de firma en el nombre de vuestros hijos; vendrá todo aquel sangriento fango que pisa nuestra hermosa y honrada sociedad moderna. Si en la primera elección de amor hombre y mujer no se aproximan con un escalofrío de sacro terror, si sus manos no se buscan ansiosas de contactos, si el primer beso no es una voluptuosidad y el primer abrazo no es un delirio, renunciad para siempre á las dulces y gratas dichas de la vida de dos.

*
* *

La simpatía física entre hombre y mujer es la vía que puede conducir al paraíso, pero á lo largo de ella y aun antes de entrar en los campos del afecto y del pensamiento, ¡cuántas veces puede uno extraviarse! Solamente son lógicos aquellos salvajes que antes de darse la mano para siempre se prueban uno á otro, separándose ó casándose, según el resultado de la experiencia. Pero nosotros, gente moral y jurídica, debemos contentarnos con adivinar y ¡ay del que se equivoque!

Afortunadamente, la simpatía, que nace de la simple vista exterior de la mujer, se armoniza casi siempre con aquella otra más profunda que nace de la armonía de los temperamentos, en virtud de aquella solidaridad que une entre sí las diversas partes de un organismo. Pero con demasiada frecuencia también, lo interno es muy diferente de lo externo y un hombre de hielo ha hecho suya á una mujer de fuego ó viceversa. En muchos códigos, la *incompatibilidad de caracteres* es causa bastante de divorcio, pero la incompatibilidad de temperamentos, ¿no es causa más fecunda de desventuras domésticas? Los legisladores y aun los teólogos han levantado algún tiempo este último velo que cubre el nido del amor; pero

con sus dogmas ó con los artículos de sus leyes ¿han contribuido á la felicidad del matrimonio?

Yo creo que no, porque en los códigos modernos los derechos y los deberes genitales de los dos esposos se reducen únicamente á lo que hace relación á la conservación de la especie. De lo demás no se habla, y se hace bien; pero aquel otro código inédito que guía nuestra conducta individual ¿no nos dice nada, no nos enseña nada ó no nos da una guía, aunque ésta sea imperfecta y defectuosa?

He aquí lo poco que sé yo, después de haber estudiado durante cerca de medio siglo al hombre y á la mujer; después de haber intentado como médico, antropólogo y psicólogo, levantar todo velo, sondar toda cavidad, medir todo pulso que se agita y todo nervio que vibra.



El ideal de la armonía física entre dos esposos es este: que cada uno de ellos tenga la misma hambre y de la misma cosa.

Sin embargo, como esto sucede muy raramente, conviene que el hombre, que es siempre director de orquesta en esta música de dos, dé el *la*, esto es, que eleve ó baje el tono, de

modo que exista acorde perfecto. La cosa no es difícil, y si los grandes maestros consiguen que eleven el compás y vayan unidos los cien instrumentos de una orquesta ¿cuánto más fácil será armonizar dos solos instrumentos?

Recordad, sobre todo, que la sonata debe durar largos años y conviene desde el principio habitar á vuestro compañero de orquesta á marchar de modo que no se cansé nunca y llegue al fin sin averías. Si empezáis con las corcheas y semicorcheas, pobres de vosotros: la compañera de orquesta se habituara á aquel *tiempo*, que llegará á ser para ella una necesidad y que podrá ser para vosotros una catástrofe.

Aun sin suponer en la mujer una excesiva lascivia, aun cuando fuérais tan afortunados que hubiérais hallado una que tenga más corazón que sentidos, ella creará que ya no es amada y en el silencioso secreto de las veladas nocturnas llorará midiendo vuestro amor por el tiempo musical, tan prontamente cambiado. Con demasiada frecuencia, á pesar de cuanto he escrito acerca de higiene genital, y á pesar de que otros me han seguido en el mismo camino, destruyendo las murallas que defendían la ignorancia en las cosas de amor, las

mujeres son ignorantísimas y miden el amor con las notas de la música (1).

Pensad, pues, en el porvenir, que viene pronto, que devora con hambre canina al pobre presente, y entrad desde los primeros días con el *andante moderato*. Si vuestros medios os lo permiten, llegad al *allegretto*, pero por caridad, no subáis nunca á las corcheas y mucho menos á las semicorcheas.



Pero noto que estoy invadiendo el campo de la higiene del matrimonio, siendo así que es materia que no me corresponde en este lugar.

Vosotros, sin hacer el experimento de los salvajes, queréis adivinar aproximadamente el *quantum* del apetito amoroso de vuestra futura compañera.

Pues bien, comenzad por estudiar la familia de ella, sobre todo á la madre, que da á sus

(1) Mientras escribo esta obra, se ha publicado en Alemania un libro valiente que lleva por título: *Der Kampf der Geschlechter. Eine Studie aus dem Leben und für das Leben*. (La lucha de los sexos. Estudio de la vida y para la vida). Leipzig: 1891. Está escrito por una mujer, ya conocida en la república literaria de aquel país, como autora de muchas novelas que publicó con pseudónimo de *Franz von Nemmersdorf*.

hijos el sistema nervioso con los nexos y conexos de la sensibilidad, de la castidad ó del libertinaje. Nada es más hereditario que la capacidad amorosa y yo tengo ante mi vista ejemplos terribles de catástrofes que ocurrieron por haber mirado sólo á la esposa, sin pensar para nada en sus padres.

Yo mismo he aconsejado á un queridísimo amigo que se casara con una mujer que parecía y había sido hasta entonces la diosa del pudor, el ángel de la castidad. Escribí mi *nulla osta* en el pasaporte del amigo, y él, que tenía la bondad de crearme un especialista en esta abstrusa materia, se embarcó confiado y feliz en el tempestuoso mar del matrimonio. Pero ¡ay! que á los pocos meses la diosa del pudor se había convertido en una Mesalina. Yo me había olvidado de estudiar el temperamento de su padre y de su madre. Hecha la investigación hereditaria y hallada la joven con *patente limpia*, debe estudiársela en sí misma.

En igualdad de condiciones, si deseamos una mujer tranquila y poco exigente, buscad en ella estos elementos: cabellos rubios, ojos azules y abundante tejido adiposo; serenidad en la mirada, naturalidad en los movimientos, poco ó ningún nerviosismo; labios poco carnosos

y ninguna pubescencia en el labio superior; gran amor á los niños, signo seguro de un gran desarrollo del sentimiento de la maternidad, que es, después de todo, el más poderoso freno de exagerado erotismo.

¿Queréis, por el contrario, una mujer ardiente?

La hallaréis fácilmente con los cabellos y los ojos negros, la piel morena, los labios gruesos y pubescentes y el cuerpo delgado. Será nerviosa, sensibilísima, de carácter caprichoso; tendrá mirada de fuego y los movimientos de culebra.

Sin embargo, estos lineamientos físicos y morales son muy groseros y no tienen más valor que las anotaciones que se ponen en los pasaportes y que convienen á un ciento de personas diversas. Yo mismo debo hacer la crítica de estos dos retratos, aunque hayan sido sacados de la realidad y sean el fruto de muchas y detenidas observaciones.

Ante todo debo hacer observar en cuanto al carácter de rubias y morenas, que quiero hablar de aquellos pueblos en los cuales la gran mezcla de tipos étnicos nos da en la misma ciudad y en el mismo campo, mujeres de cabello rubio, castaño y negro. Donde todas son rubias

ó todas morenas, tenemos casi siempre mujeres de hielo ó mujeres de fuego, sin que en ellas se mude el color del pelo ó de la piel.

Mayor importancia tiene la adiposidad del cuerpo, porque es carácter que supone más íntimas y variadas relaciones con la nutrición general de todo el organismo. Es bien raro hallar una mujer exigente entre las gruesas, á menos que sean histéricas y por la pubescencia del labio y del seno se vean condenadas á la esterilidad. Y es igualmente raro hallar una mujer fría entre las delgadas, á menos que también tengan demasiado pelo en el labio ó en el pecho y sean estériles.

También la carnosidad del labio es un buen signo para apreciar la sensualidad de una mujer, hasta el punto de que yo lo he elevado á la categoría de carácter étnico, habiéndolo encontrado en las más variadas razas de Asia y Africa, donde la poligamia es muy frecuente y el amor físico constituye el goce supremo, la primera ocupación de hombres y mujeres.

*
* *

No creo posible que ninguno de mis lectores vaya á casarse con una negra, con una hotentota

ó con una australiana. Me callaré, pues, acerca de todas las cualidades del hibridismo de raza y de las consecuencias de todos los cruzamientos posibles. Si antes de morir puedo darme el supremo placer de escribir mi monografía de hombre, mi *Microcosmos*, entonces os diré cuáles son mis ideas á este propósito, adelantándoos ahora mi profesión de fe, que es la siguiente: desbarran tanto los que deploran los efectos del cruzamiento, creyéndolo siempre dañoso para las generaciones futuras, como los contrarios que lo proclaman siempre útil.

El cruzamiento de una raza superior con una inferior rebaja á la primera y mejora á la segunda, dando un producto de bondad *media*.

La unión de dos razas igualmente inferiores da generalmente productos malos, pero diversos de los dos tipos que han fundido su sangre en el crisol del amor.

La unión de razas medianas y altas, produce efectos muy diversos, según los casos, y según condiciones de nosotros, todavía poco conocidas, y en vano estudiadas en cada caso particular.

Pero si vosotros no os casáis con una negra, ni con una mujer de piel roja, y probablemente tampoco os casaréis con una china, ni con una



El cruzamiento de una raza superior con una inferior...

japonesa, fácilmente podéis enamoraros de una inglesa, de una alemana ó de una italiana; y hoy día, que ferrocarriles y telégrafos van aproximando los pueblos y rompiendo barreras, también los matrimonios propagan los fundamentos de los futuros *Estados Unidos de Europa* que indudablemente serán la piedra angular de una república cósmica: la de los *Estados civilizados del mundo*.

De la diversidad de los tipos y la simpatía de los contrarios, nacen fáciles y ardientes amores entre los pueblos morenos y los rubios. Más de un italiano tuvo que huir de la Escandinavia por las excesivas simpatías que despertaba en aquellas cándidas y rubias hijas de los Edda; y si un hijo rubio de la Armenia va en su juventud á España ó á la América meridional, es bien raro que vuelva á su patria sin una mujer ó con las espaldas cargadas de grandes victorias amorosas.

¿Es esto un bien? ¿Es esto un mal?

Para los hijos es casi siempre un bien, para los esposos suele ser un mal. La felicidad del marido y de la mujer es sacrificada á la especie, y á vosotros toca el poner sobre la balanza y el pesar estas opuestas y probables consecuencias de vuestra unión.

La nacionalidad no siempre es una raza, pero se le aproxima mucho, y de todos modos siempre es la suma compleja de infinitos elementos físicos, morales é intelectuales, que tan diverso hacen á un inglés de un español, á un italiano de un noruego.

Ser de un país distinto del de nuestra compañera, no quiere decir solamente hablar una lengua diversa, sentir, pensar, odiar y desear cosas diferentes. Todos nosotros somos fragmentos vivos de una larga historia de muchos siglos; y armonizar y unir á dos criaturas nacidas bajo distinto cielo, educadas en gustos varios y con diversos ideales de religión, de moralidad, de política, de costumbres, es cosa posible, pero difícil y rara.

Mirad á vuestro alrededor y veréis que las más de las veces el motivo de estas *mésalliances* es casi siempre el interés pecuniario ó blasónico, cuando un amor poderoso no ha hecho sumergir con sus ondas tumultuosas y violentas todos los otros *considerandos* de un matrimonio razonable. Entre los demás son célebres los matrimonios de las niñas americanas millonarias que vienen á Europa para cambiar sus dollards con los blasones más ó menos averiados de nuestros condes, de

nuestros marqueses y de nuestros duques.

La diversa nacionalidad
de los dos esposos es una



probabilidad de menos
para la felicidad y se
agrava cien veces más
cuando á ella se une la
diversidad de religión.

No hay amor fuerte
sin una grandísima fe, y
quien mucho ama consi-
dera obstáculos insignificantes el hablar otra

lengua, el tener otras costumbres, el rezar en una iglesia ó en una sinagoga. Pero el amor fuerte, por mucho que dure, se adormece y se convierte en una grata y dulce costumbre, y cuando el mar de la pasión se ha calmado, á través de las aguas, ya claras y transparentes, se ven en el fondo los escollos erguidos de la contraria fe, de los gustos diversos, de los opuestos hábitos; y los escollos crecen, se elevan, salen á flor de agua, haciendo la navegación difícil y peligrosa.

La luna de miel se oculta entre densas y procelosas nubes y se tropieza en los bajos de la indiferencia ó se rompe nuestra navicilla contra las rocas de las incompatibilidades y de las discordias domésticas.

Vengan entonces los calafates con su oro, con sus blasones á reparar la rotura de nuestra nave; lo conseguirían con mucha dificultad y la santa concordia de los cuerpos y de las almas se perderá para siempre.